

recibidas, en el sentido de coadyuvar en la acción contra el campamento de Santo Domingo planificada para esa noche. El personal de Duque regresó a sus antiguas posiciones en el firme de Gamboa.

Mientras tanto, las otras fuerzas rebeldes que participarían en el asalto al campamento principal habían ido ocupando sus posiciones. En mensaje que le envié a Guillermo, quien ya estaba en el alto de El Cacao, le indiqué que al anochecer avanzara resueltamente con sus hombres en dirección a la casa de Lucas Castillo, donde, como se recordará, estaba instalado el puesto de mando de Sánchez Mosquera, y le participé que la intención de la operación era "procurar partirlos en dos partes por ese punto, atacando también desde Naranjo, Santana y casa de Piedra".

"Puede ser esta una victoria decisiva", le advertí también a Guillermo en ese mensaje. Y a Paz ese mismo día le transmití la misma apreciación optimista: "Esto está constituyendo una gran victoria, que tratamos de lograrla completa".

Realmente, nuestra impresión después del primer triunfo en Pueblo Nuevo era que podíamos aprovechar la situación creada para tratar de obtener la captura del grueso de la fuerza enemiga estacionada en Santo Domingo, lo cual sería algo determinante para el curso posterior de la ofensiva enemiga. La posibilidad de poder derrotar y capturar una de las tres agrupaciones enemigas principales que actuaban contra nuestras fuerzas, de ellas la más poderosa, mejor equipada y comandada por uno de los jefes más notorios con que contaba el Ejército de la tiranía, era demasiado atractiva como para dejar pasar la ocasión sin intentarlo. No cabría duda alguna de que, si éramos capaces de lograr ese objetivo, el mando enemigo sufriría un golpe del que difícilmente podría recuperarse, tanto por la significación moral de nuestra victoria como por la implicación material negativa, ya que se vería privado de una de las piezas fundamentales para sus planes. Nuestras fuerzas, por su parte, recibirían una importante inyección de recursos con los que podríamos asumir la iniciativa y lanzarnos a una contraofensiva indetenible.

En nuestra apreciación de la situación táctica, además, partíamos del criterio de que los golpes recibidos los días 28 y 29 por el enemigo en la zona, sumados a la cobarde conducta de Sánchez Mosquera, habían producido una desmoralización en la tropa estacionada en Santo Domingo, lo cual parecía confirmar las declaraciones de algunos de los guardias capturados. Aunque en términos estrictamente materiales la correlación local de fuerzas no resultaba todavía favorable a nosotros, valorábamos, también, que disponíamos de cerca de 100 combatientes rebeldes que podrían entrar en acción desde distintas direcciones convergentes sobre el área ocupada por los guardias en Santo Domingo, lo cual, unido al hecho de que ocupábamos posiciones dominantes en las alturas en torno al campamento, nos permitiría disponer de una cierta ventaja.

Todas estas consideraciones nos llevaron a ratificar, al mediodía del domingo 29, nuestra decisión de lanzar esa noche el ataque concertado al enemigo. El asalto tendría efecto desde las cuatro direcciones principales, con la participación de casi todas las fuerzas rebeldes presentes en la zona. Desde el Sur, del otro lado del río Yara, atacarían los grupos al mando de Huber Matos, reforzados por las tropas de Daniel, Pérez Álamo y Geonel Rodríguez, y con el apoyo de la ametralladora 50 de Curuneaux. Desde el Norte avanzarían hacia las líneas enemigas los combatientes de Guillermo García, a los que se habían sumado los de Reinaldo Mora y otros pequeños grupos llegados en las últimas horas. Desde el Este, a lo largo del río desde Pueblo Nuevo, las fuerzas de Lalo Sardiñas, Andrés Cuevas y Zenén Meriño tratarían de quebrar la resistencia en ese sector del perímetro enemigo. Desde el Oeste, también sobre el río, los combatientes de Félix Duque, con un refuerzo de hombres de la tropa de Camilo, intentarían cerrar en esa dirección el anillo rebelde y, con el apoyo del grueso del personal de Camilo situado todavía en Casa de Piedra, impedirían la fuga de los guardias por

la vía más probable.

Durante el resto de la tarde, nuestros combatientes fueron ocupando sus posiciones avanzadas para el combate. En esas pocas horas previas a la acción, los técnicos de Radio Rebelde instalaron a la carrera, cerca del alto de Sabcú, uno de los altoparlantes de la emisora con sus micrófonos, tocadiscos y demás equipos de apoyo, alimentados por una planta relativamente pequeña y portátil con que ya contábamos. Habíamos decidido también emplear, por primera vez en la lucha en la Sierra Maestra, el recurso de esta arma psicológica para impresionar al enemigo y contribuir a profundizar la desmoralización que suponíamos en sus filas.

Poco después del anochecer comenzó el combate, que se prolongó durante casi toda la noche y la madrugada del día 30. Sin embargo, el enemigo resistió fuertemente desde posiciones bien fortificadas. Sánchez Mosquera tuvo la previsión de tomar algunas de las alturas menores alrededor de su campamento, sobre todo, las más cercanas a las dos márgenes del río.

Los combatientes rebeldes que avanzaron desde la zona de El Naranjo no lograron siquiera alcanzar el río, pues se vieron expuestos muy pronto al fuego de flanco desde las posiciones enemigas en las últimas alturas de los estribos de Gamboa y de El Naranjo. Como me informó Daniel al amanecer del día 30:

Al llegar abajo nos vimos en un camino malísimo con dos firmes a ambos flancos ocupados por soldados [...] en posiciones muy estratégicas para ellos de modo que quedábamos al centro, en un terreno bajo y sin árboles apenas. Estoy seguro [de] que desde allí podíamos hacer algunas bajas a los Soldados de Batista. Pero exponíamos muchas vidas y malográbamos una victoria tan hermosa. A menos de 50 metros de los Guardias ordené retirada y subimos de nuevo al firme.

Daniel temió que el enemigo fuese capaz de envolver a sus hombres, cortándoles la retirada hacia el alto de El Naranjo, o que estuviese en condiciones de contraatacar en dirección al alto de Sabcú y el firme de la Maestra. En las circunstancias de una pelea a tan corta distancia, además, pensó que no podría contar con el apoyo efectivo de la ametralladora de Curuneaux, cuyo fuego, en realidad, se estaba concentrando hacia el propio campamento enemigo.

Algo parecido le ocurrió al personal de Félix Duque. Al avanzar por el río comenzaron a ser batidos por el fuego de posiciones enemigas desde las alturas más inmediatas entre Leoncito y Santo Domingo, por lo que Duque decidió dar un rodeo por la margen izquierda del río, con la intención de atacar desde sus anteriores posiciones en el estribo de Gamboa. Pero aquí tropezó con la resistencia de los guardias atrincherados en las alturas terminales de este estribo, los mismos que hostigaron el flanco izquierdo del avance de Daniel, y siguió dando la vuelta hasta unirse a los combatientes que avanzaban desde El Naranjo. Al dar Daniel la orden de retirada, este grupo se replegó también y regresó a sus antiguas posiciones en el estribo de Gamboa. Desde allí Duque, me informó lo ocurrido en la mañana del día 30.

El personal rebelde que avanzó desde Pueblo Nuevo pudo acercarse considerablemente al perímetro central del campamento enemigo, pero también en esa dirección el Ejército había tomado precauciones y fortificado sus posiciones defensivas en puntos estratégicos, desde los que se dominaban el cauce y las márgenes del río. A pesar de la presión sostenida durante toda la noche por los combatientes de Lalo y Cuevas, no les fue posible romper la defensa enemiga en este sector, y al amanecer se vieron obligados a retirarse.

Donde el asalto tuvo más éxito fue en el sector norte, en el que actuaron los hombres al mando de Guillermo. Bajando sobre el perímetro enemigo desde el alto de La Manteca y la falda de la loma de El Gallón, los combatientes de este sector lograron ocupar varias trincheras de la primera línea de defensa del campamento y capturar algún parque abandonado en ellas por los guardias, quienes, en su huida, dejaron huellas de

sangre y otros indicios de bajas. Pero una vez más el dispositivo montado por el enemigo, aún con recursos abundantes para combatir, no permitió a Guillermo seguir avanzando. Fue esta tropa la que sufrió la única baja mortal rebelde en la acción: el combatiente Wilfredo González, *Pascualito*, alcanzado por el fuego cruzado de las posiciones enemigas, mientras avanzaba sobre las trincheras de los guardias.

Ante la certeza de que sería improbable continuar el asalto de las posiciones enemigas sin perder a otros combatientes, Guillermo determinó también suspender el ataque después de varias horas de combate, y se retiró al firme.

Esa noche, mientras los montes en torno a Santo Domingo retumbaban con el fragor del combate, desde el alto de Sabcú los altoparlantes de Radio Rebelde no cesaron de sonar con las encendidas arengas de Ricardo Martínez, Orestes Valera y nuestros otros locutores, con los himnos patrióticos grabados en discos y con las alegres e intencionadas canciones del Quinteto Rebelde, que bajo la entusiasta dirección del campesino Osvaldo Medina hacía su primera aparición en el mismo escenario de guerra. Fue la primera prueba de un arma que, pocas semanas después, en Jigüe, iba a desempeñar un papel de primera importancia.

La acción de la noche del 29 de junio contra el campamento de Sánchez Mosquera en Santo Domingo, a pesar de que no culminó en el desenlace al que en un momento determinado habíamos aspirado: la captura del Batallón 11 y de los restos del Batallón 22, tuvo, no obstante, resultados significativos para el curso posterior de la ofensiva enemiga. En primer lugar, enfrentó al Ejército de la tiranía por primera vez a un asalto frontal por parte de las fuerzas rebeldes a una posición fortificada, lo cual resultaba una evidencia, no solo del grado de maduración de nuestras tropas sino, además, de sus potencialidades combativas. Nunca antes en la Sierra Maestra una unidad enemiga se había visto atacada de esa forma, y sometida a un volumen de fuego tan considerable. Es evidente que este hecho, unido al efecto psicológico de la presencia de Radio Rebelde en medio del combate, produjo en la tropa acampada en Santo Domingo un resultado profundamente desmoralizador. Prueba de ello fue que un jefe de tanta iniciativa como Sánchez Mosquera, quien contaba con una fuerza nada despreciable desde el punto de vista de sus posibilidades combativas, quedó casi anulado durante todo el desarrollo ulterior de la campaña enemiga. Como se verá en su momento oportuno, solo en una ocasión volvió a hacer un intento relativamente tímido por cumplir la misión asignada de tomar el firme de la Maestra, del que, como hemos dicho varias veces, apenas lo separaba, en apariencia, un paso. Habíamos logrado, por tanto, uno de los propósitos fundamentales que nos habíamos propuesto cuando comenzamos a planear el cerco contra esta tropa.

Como expresé en el parte redactado por mí para Radio Rebelde, y leído por la emisora a raíz de estas acciones, la Batalla de Santo Domingo, librada a lo largo de los días y las noches del 28 y 29 de junio y la madrugada del 30, había sumistrado:

Pruebas tan elocuentes de la victoria que muy pocas veces se ven en una guerra donde la parte derrotada cuenta con ventajas extraordinarias en armas y número, demostrándose de manera inequívoca la superioridad del combatiente idealista sobre el soldado mercenario.

El enemigo sufrió no menos de 36 muertos en el transcurso de la batalla, desde las primeras acciones en Pueblo Nuevo. Sin embargo, la cifra de bajas mortales debe haber sido superior. En nuestro poder quedaron 28 prisioneros, algunos de ellos heridos, quienes fueron atendidos por nuestros médicos.

Por Radio Rebelde transmitimos al día siguiente una comunicación a la Cruz Roja cubana en la que expresábamos nuestra disposición de entregar a los guardias heridos en el lugar conocido como El Salto, sobre el río Yara, entre Providencia y Casa de Piedra. Este llamado no recibió respuesta en los primeros momentos.

A partir de la Batalla de Santo Domingo, puede decirse que comenzó el fin de la ofensiva enemiga.